

1.

EL MORO DE LOS MECHINALES



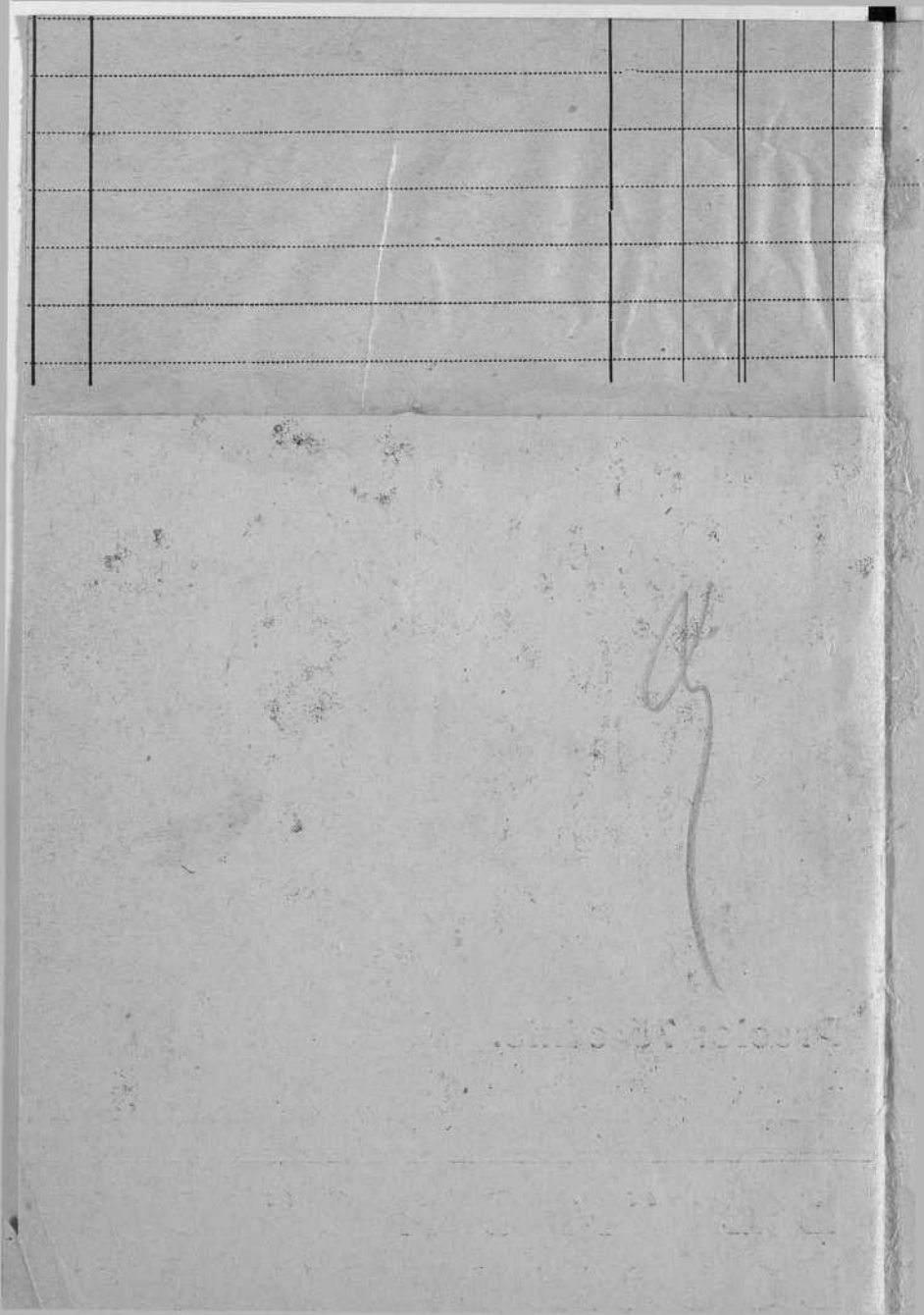
Adolfo Jimenez



Precio: 75 céntos.

Maria Castellano

EL "MORO" DE
LOS MECHINALES



LECTURAS ACTUALES

EL "MORO" DE LOS MECHINALES

POR

ADOLFO JIMÉNEZ



FELIPE PEÑA CRUZ
TELÉFONO NÚM. 14-02-M.
PIZARRO, NÚM. 16, MADRID

D E D I C A T O R I A

A ella.

¡«Qué extraña pasión la de ese!—dirás tú graciosa y simpática mujer—¿pues, no me recuerda todavía y aún me dedica el cuento con el mismo gozo de aquel su desinteresado y leal querer, que yo jamás comprendí, ni siento, ni agradecí?»

A. J.

P R Ó L O G O

Don Adolfo Jiménez es de Córdoba; esto quiere decir que tiene ganado más de la mitad para conquistar todo mi afecto, y más de todo para mi admiración de veras.

La movilidad de estos hombres del Mediodía sabe hacerse cargo de todas las cosas, y por eso, ellos, se asimilan y comprenden todo con pasmosa lucidez; y son pródigos y ricos en las cosas materiales, cuando tienen que dar, y hasta, por serlo siempre, en las cosas del espíritu llegan a regalos mayores con su fecunda fantasía.

Los sencillos cantares de todo el mundo son verdaderos poemas cuando se hacen y se inventan en Andalucía; y los sonetos y los poemas adquieren caracteres de epopeya cuando nacen en ese suelo.

Mas que un cuento es, por esto, una verdadera novela lo que pone el autor en las manos del público a quien dirige su libro.

La fábula tiene mayores dimensiones que las que corresponde a la obra de una sola superficie, y se ofrece con toda la corporeidad que tienen esas obras completas, cuya acción no es el trasunto de un corto instante, sino la pintura de algo que llena más tiempo en el espíritu.

Sin rebuscamientos psicológicos, que en el ambiente de su invención no caben, el autor logra despertar interés, cautivar al lector y llevarle hasta el final de la fábula, suave, blanda y deleitosamente por el mérito del léxico con que ha sabido trazarla.

He aquí, pues, el mérito de esta obrita y el significado principal de la misma.

El castellano corriente, de los grandes centros, necesita de cuando en cuando de estas inyecciones del castellano regional que lo elevan y sostienen de ese modo a idioma nacional, coadyuvando a la unidad de la patria con mayor eficacia que cualquier disposición de Gobierno.

El autor, sin estar hecho, por disponer fácilmente del mejor uso y la buena posesión del instrumento de trabajo, puede dar mejores frutos que el presente, pero no con mayor probidad literaria, ni produciendo una emoción más intensa. Su psico-

logía personal, llena de experiencia, si no conoce todos los casos posibles, jamás habrá de emplearla en cosas desconocidas; y como sabe expresarlas con gran justeza y decoro, no hay que decir que saldrá tan airoso como al presente.

La sencillez de esta novela no es un defecto, sino, al contrario, la mayor belleza de la misma.

Los antiguos orfebres y plateros cordobeses, diestros en su arte como no lo fueran otros, por pura habilidad y para lucirla ante los cándidos espectadores, golpeando con un martillo sobre una dobla de plata, levantaban en breve tiempo un cubilete con el que podían beber los más maravillados.

No era aquello la construcción de un magnífico ostensorio; pero tampoco era tan fácil como pudiera sospecharse, y por eso era obligado en alguna ordenanza de aquel gremio que lo supieran hacer los oficiales, antes de ser acreditados por maestros.

Aquí está este vaso de plata y puede darse su obra por buena, pues sencilla, correcta, sana, tiene sobre toda su belleza la bondad y la utilidad que encierra.

Un vaso así exhibió ante las Cortes la reina doña María de Molina, para acreditar su honradez,

ante los que la acusaban y su amor a los menestrales que la seguían.

No es fácil levantar uno sobre el disco limitado de una dobla, y es mérito hacerlo como se hiciera a torno. Pues éste el mérito de esta fábula sencilla, y esta es la obra de prueba que ofrece el joven maestro para ser recibido en el gremio.

El público juez no puede decir más palabras que las dichas entonces en tales casos:

—En el nombre del santo patrono San Eloy, entrad a ser maestro con nosotros.

RAFAEL URBANO

EL "MORO" DE LOS MECHINALES

I

Era al mediar la tarde, una de esas tardes frías y lluviosas del tristón noviembre. Un manto oscuro de tinieblas espesas envolvía la sierra. Las manchas verdes de las madroñeras se vislumbraban con dificultad entre los tonos parduzcos del accidentado suelo. El huracanado, desapacible y enfurecido «solano» —viento dominante ese día— golpeaba y penetraba a su libertad por el desvencijado quicio de un portalón, azotando el rostro de los que en el interior se guarecían y enervando sus macubiertos y trajeados cuerpos al perforar traidoramente la débil armazón del chozo que en el picacho de un cerro servía de mísero albergue a la familia del vaquero.

No pudieron mitigar aquel día las crudezas del viento y las molestias de la lluvia, ni aun siquiera las previsiones de Fuensanta, una de las personas, la mayor de los moradores de aquella rústica vivienda, porque hasta el fuego que desde las primeras horas de la mañana ella había preparado en la destartalada cocina, construída por el vaquero con trabazón de pedruscos adosados al muro, habíales sido también hostil. Poco a poco iba consumiendo chuecos de olivo y tarugos de pino, sin jamás levantar la llama, produciendo aquella lenta agonía una densa y mal oliente humareda que, al elevarse en espirales buscando la claraboya—natural chimenea de aquel *palacio*—retrocedía en caracoleado y remolón descenso—como asombrado ante la perspectiva y el cariz del horizonte, sombreado de negros nubarrones cargados de tempestad—hasta posarse en las paredes y en las pupilas de los vaquerillos, a los cuales tenía en un continuo y molesto llanto.

—¡Abre de par en par esa puerta, chiquillo: a vé si asina quié salí este pajolero jumo antes que mos ajogue!—gritóle Fuensanta a Juan Manuel, el mayor de sus hermanillos—. Mira de paso si no arresja mucho el vendavá y te asomas al legío; desde allí, mirando cañá abajo, pué que divises a padre, y si no lo ves y oyes por un casuá los senserros de la vacá camino del corralón de las cabras, echas a juí y se lo cuentas, que pué que el prove no

s'aiga enterao que esta madrugá pasá ha allegao a los «Mechinales» el mal bicho que esperábamos.

No se paró Juan Manuel, a pesar de sus pocos años, en tantear el vado, sino que haciéndole cara al temporal escapó cerro abajo con ánimos, no sólo de asomarse al legío, sí que también con el de llegar a las mismas cabañas de «El Pelú», si necesario fuese.

—¡Güena nochesita mos espera, Antoñuelo!— medio suspiró Fuensanta, dirigiéndose a un su otro hermanillo, entre tanto arropaba a una muñequilla que, fatigada por el humo, se revolvía dentro de una angarilla, improvisada y tosca cuna de aquel angelito—; por da crédito estaba—siguió gimo-teando y monologuando Fuensanta—a lo que me pronosticó ayer mañana la «Sigüeña»: «¡Malos días vienen de camino, chiquilla—me dijo la gitana—, y peores, más que peores, son los ratos que te aguardan!»

—¿Tú ves, Fuensantilla, esta raya que arremata en el deo del corasón y que arranca de la palma de la mano? Pues ten entendío que trae ramalazos de mu mal agüero.

¡Y la pícara me lo repitió tres veces seguías, como si se gosara en la pena y congoja que m'acarreaban sus gitanerías!

¡Y lo más extraño de to esto jué el pronosticámelo ella, la mesma que siempre tan güenas cosas me prometió al echarme la güenaventura!...

El inesperado y estridente crujir de una honda, simultaneado con el sonoro estallar de un silbido que el eco repercutió y castañeteó por cerros y cañadas, y que más que chasquido de honda y silbo de persona pareció disparo de trabuco, asombró, desparramó y puso en desperdigada fuga y atolondrada algarabía a unos pavipollos que, al amor del cocleo de una pava *ruana*, picoteaban los gusanillos de unas cornicabras que la recia lluvia y la pertinaz ventisca habían arremolinado en un regajillo no muy distante del chozo del vaquero.

Este casual incidente pasó desapercibido para Fuensanta, que, embelesada la pobre con los augurios de la «Cigüeña» y con la nueva que bien de mañana le trajera «Carabinas» del arribo al soto de Los Mechinales del *pájaro* que esperaban, diéronle pie para echar a volar sus pensamientos, que bien presto se perdieron y zambulleron por el laberinto de ensueños que su despierta y fogosa imaginación creara, abstrayéndola por completo de todo lo que no caminara en parangón o se relacionase con sus cabalísticos sueños.

Así que, cuando apercibió el aleteo y extraño piar y graznar de pava y polluelos, se alarmó, pasando como una exhalación de esta alarma al asombro cuando viólos acobardados entrar y, aturcidos, esconderse en las covachuelas que formaban las piedras amontonadas en la cocina del chozo.

Por precaución primero, más que por miedo, cerró la puerta, atrancándola con la estaca de acebuche, rústico cerrojo de aquella clase de viviendas; pero bien pronto su calenturienta cabeza hízola concebir fantásticas sospechas, y entonces aquella campesina de rostro risueño y dulce mirar frunció y contrajo el ceño, nimbándolo de un tinte varonil y bravío que ponía espanto.

En semejante actitud y dispuesta a dejar tendido a la puerta del chozo al quimérico ser que en su atolondramiento creyó fuera la causa del anterior alboroto, si osaba o trataba de menoscabar o profanar *el relicario de su honestidad*, como ella metafóricamente llamaba al chozo del vaquero, empujó instintivamente hacia un rincón a Antoñuelo, que, en aquella ocasión, más alegre que un sonajero, dábale acelerados mordiscos a una encendida y fresca granada, que oprimiéndola al borde de los labios la estrujaba a la par con sus débiles manitas.

Efecto del empellón flaqueáronle las piernecillas, y Antoñuelo perdió el equilibrio, viniendo a caer en un montón de ceniza, que al mezclarse con el delicioso y agradable zumo que le chorreaba por ambos carrillos, pusiéronle la cara que ni su misma madre le conociera si por allí hubiese aparecido.

Como Dios le dió a entender, con banquetas y unas sillas formó Fuensanta una especie de esca-

linata; tercióse al brazo una escopeta que alcanzó de uno de los testers del chozo, y con la destreza de un gato montés encaramóse en la cúspide. Ya allí, vínosele a la memoria el recuerdo de cierta historia que noches antes y al calor de la lumbre su padre les contó, y optando y siguiendo el ejemplo del caudillo de la tal conseja, hizo cábalas y más cábalas, tanteos y más tanteos, antes de decidirse a asomar la cabeza por la claraboya del chozo.

De repente, su rostro, que momentos antes se inundara de trágica belleza, perdió el matiz que lo hermoseaba y tomó el aspecto huraño y sombrío que acarrea la sorpresa cuando la ocasión nos puso en trance de dar feliz remate a alguna hazaña que nos cabalgara en el vendaval de la pasajera fama, y sin más ni más o un quítame allá esas pajas, la descarnada realidad nos muestra el ratoncillo de «El parto de los montes».

Contrariada la vaquerilla por el chasco de los chascos que acababa de recibir, dejó resbalar la escopeta retamas abajo, y alargando el brazo, descolgó de un tenderete que cruzaba de extremo a extremo el aposento, un pañuelo verde...

Que por ser precisamente el pañuelo—según relato que nos ha traído hoy el cable de allende el Estrecho—del mismo color que el pendón que enarboló cierto moro notable, me trae a la memoria—aunque aquí no ataña al cuento—el siguiente comentario:

Decía el... cable—es decir, el burlador de la historia, como yo lo llamaría, para retratarlo mejor—sin el menor asomo de protesta, que un moro notable, enarbolando en la diestra un pendón verde, que en Marruecos es sinónimo de autoridad, acompañó, cabalgando en caballo blanco y a la siniestra banda de cierto general cuando éste arribó con sus numerosas huestes a cierto *despoblado* moruno y *poblado* cementerio español de un muy conocido y nombrado aduar africano.

El burlador que lo tal nos contó y los que como él describieron y narraron en sendas galeradas plenas de ponderación las magnas proezas de aquella teatral hazaña, ya supondrá el lector que fueron los paladines del invento, los cuales, haciendo escabel de su frescura y en menoscabo de los que a las letras se dedican, falsearon los hechos de aquel esperado día—primer empujón de la madurada, tardía y no menos deseada revancha—, y fué ello que por el *plato de lentejas* o... dádivas—ahora llámanse así las lentejas—tejieron con jirones de la mentira un tupido velo color de rosa, con el cual trataron de cubrir las irónicas muecas de centenares de cadáveres españoles que allí yacían insepultos desde el trágico mes de julio (1).

(1) Este comentario se escribió a raíz de la reconquista por nuestras tropas del poblado de Nador; así que exclusivamente se refiere a ese hecho y a los días que precedieron a nuestra llegada a Monte-Arruit.—EL AUTOR.

He aquí el comentario que me sonroja tan solo el formular.

¿Qué pensarían los valientes de Nador, los mártires de Zeluán y los bravos de Alcántara en Monte - Arruit, leyenda heroica y glorioso residuo, que flotando altivo en el océano de la traición enemiga y la inexplicable y escandalosa—pero muy cierta—desbandada nuestra, supo darnos con su gallardo gesto la sensación de que era la noble, la hidalga y la desventurada España la que había sufrido tal revés?

¿Qué pensarían—vuelvo a repetir—las almas de aquellos mutilados cuerpos al ver aquel día el *verde pendón* y aquel inusitado alarde de ejército, cuando unas semanas antes —aquellas semanas cobardes en que dejamos morir a Monte-Arruit—ellos tan sólo habían recibido de la pródiga España, la de la hidalguía espontánea y habitual, unas míseras barras de hielo—cruel paradoja—que la munificencia de unos ministros y la vehemencia de un caudillo de treinta mil guerreros por conducto de unos aviadores, como único consuelo, les enviaban?...

Que este comentario mío fué por aquellos días el sentir de los españoles, lo prueban multitud de cosas; pero como para muestra basta sólo con un botón, allá va éste:

Un sesudo escritor, cronista imparcial de la actual campaña y saeteado revistero taurino, al

ver la parsimonia de nuestro ejército y el desamparo en que se dejaba a nuestros hermanos, escribió por aquellos días que precedieron a la agonía de Monte-Arruit una vibrante, enérgica y sentida crónica, que encabezaba y terminaba así: «Al ver el abandono en que a unos kilómetros de la plaza quedan nuestros hermanos, yo declaro que no entiendo la guerra»...

Disimule el paciente lector, si con el comentario del cuento, salté a la historia...

Descolgó—como decía al cortar mi cuento—de un tenderete un pañuelo verde, el cual asomó y ondeó por la tronera, haciendo señas con él al que poco antes tan impensadamente sembró el desconcierto y cundió la alarma entre las gallináceas y la vaqueril familia.

—Se ponga el só o no se ponga,
venga o no la noche oscura,
yo voy a hablá con mi amó
para salí de una duda
que tenemo entre los dó.

—¡Vaya sustaso el que m'as dao!—tartamudeó Fuensanta, cuando Pedro el «Pelú» estuvo a dos pasos del chozo y hubo acabado la copla.

—Feo ya sabía yo que era el *milano*, pero nunca me pensé juera tanto, que asustara a las palomas.

—A esta paloma no la pués espantá tú nunca,

Periquillo; pero si como has jecho siempre que subiste juera de hora, das los silvíos conveníos, me ajorras la miaja e mieo que me dió cuando vi entrá de estampía a la *ruana* y a los polluelos.

— Dormía debías está mi nena, pa no oilos; porque te juro, prenda, que ni el «Moro» cuando pitea en los corrales de mi cabaña los da más sonoros. Miá tú si sería güeno y prolongao el que di, que jasta la sierra me lo repitió.

— No sé, Periquillo, a santo de qué viene meté en la comparansa al «Moro», ni tan siquiera mentalo aquí, sabiendo tú, como sabes, la trastá que jiso con mi padre y la congoja en que pués suponé yo viva desde que supe que ese ladrón pregonao había güelto — quisás, como disen, solisitao por ti — a los sotos de «Los Mechinales».

— ¿Y quién jué, si se pué sabé, el que tan presto te trujo la notizia? Porque tu padre con seguríá que no jué; él careá esta tarde la boyá hasia mi cabaña; es señal segura de que no lo sabía.

— Jué, pa que no te prive del sueño el escosó de la curiosíá, el güen amigo «Carabinas», que mucho antes de apuntá el só y de salí con la lleguá, s'alargó aquí pa prevenime que no bajara hoy al lavaero y que mi padre anduviá con cuatro ojos porque otra vez teníamos aquí tu *preferío*.

— No anduvo en el sopleo mal del tó; pero yo quiero también prevenite con un desí que cae aquí que ni pintao pa el *güen amigo* «Carabinas

«Quien te jaga arrumacos que no te acostubra a jasé, o te quié engañá o te s'ha menesté».

Y si este *reflán*
te lo lías al deo,
pué que no esté de más.

—¡Tus coplitas, Periquillo, acabarán con mi paciencia! Rasón tuvo la Sigüeña cuando me dijo: «De camino viene, si no ha llegao ya, el que vos cortará el *edilio*».

—No jué lo malo que ella te lo dijera, Fuensanta, puesto que de esas falserías vive la prove; sino que tú tan en reondo te lo haigas tragao. ¡Ven acá, floresilla de mi campo y maquila de mi sueño! ¿No alcansan a comprendé esos sinco sentíos que Dios te dió, que toas esas tonás que te cuenta la gitana son fantesías tuyas pa sacate las moneas y bobás tuyas en escuchala y dáselas? ¿Qué daño pué acarreale a naide, y menos a ti, que en mi cabaña haiga tomao ahora posá un conosío más?

—Como que pué que a ese... conosío, lo estimes tú más que a toa tu familia.

—To pudiera ser, Fuensanta; porque hay un *reflán* que encaja aquí de lleno, y que dise: «No con quien nases, sino con quien pases.» Y mía tú que casualiá; ese animal del cual tú tan mal piensas, y yo, hemos pastao juntos toa esta Sanmiguelá pasá en la mesma besana.

—Pos... que os aproveche.

—Y tú... que lo cuentes.

—Si las historias no mienten...

—Esa que t'han contao a ti, sí; y pa que te empapes y no te escarríes otra vez, escucha, que te vi a soltá el chorro de la verdá. Pa dose años corre el tiempo desde donde comienso la historia, pa que jaga juego y fecha con el casamiento del amo, el regalo de la boa y el arribo del orsequio, u sea el «Moro», a los sotos de «Los Mechinales». Susesos estos que tós ocurrieron en el mismo mes; y pué que pué te diga, si afilo algo la memoria, que en la mesma quinsena. Era yo por aquellos entonses chiquichanga de los gañanes y sagal de «Mochilo»; el cabrero de más tronío y el mayoral de más postín c'ha pisao estos contornos. Y que disimule tu padre la preferensia. Los cortijeros de «Los Mechinales» se jincharon en aquellos días de propalá una jartá de infundios; unos dijeron que el «Moro» se lo había mercao el amo a un tal Veraguas; otros, que lo habían dejao escarriao los húngaros cuando acamparon en las «Quemás»; y algunos, los menos—y esto jué un rentoy que dejó correr un vivalés—que una noche sin luna s'había colao de rondón y como por encanto en mitá de las majás, y al vaquero, que era entonses—como lo es ahora—tu padre, l'había dao un pateo, del que salió, si no lisiao, por lo menos curao del arregosto que tenía por metesea mariposeá en terreno vedao.

De toas aquellas hablillas, quitao el palisón que aquella noche arrearon a tu padre, no hubo de verdá ni esto. Y respetive al vapuleo, puedo yo asegurá que no vinieron los palos del lao del «Moro», sino de la mano de un desgrasiao que acá conosemos y cuyo nombre por carriá me callo; lo otro jué un enreo que se urdió con torsal de la piel de ese animal pa no alborotá la charca; par-tiendo de allí el rumor que más tarde había de tirá por tierra en caliá de trasto nosivo, la mal entendía noblesa de ese vicho bravo.

Lo que pasó jué que... pero mejó será no me-nealo, ya que bien están la Alhambra en Graná y en las lagunas las ranas.

El evangelio de aquella misa lo oí yo algunos días después, o sea cuando juimos a «Los Dolores» a esperá al «Moro», el «Mochilo» y yo; y pa que cuando se te ofresca tratá ese asunto no arguyas por boca de ganso, te lo vi a relatá de pe a pa.

Aquella noche—la de marras, ¿me entiendes?—no dormimos ni el «Mochilo» ni yo, esperando al día y creyendo oír a ca instante los senserros de la pará; pero hete ahí que a poco de apuntá el sol por la garganta de «Los Mellisos»—que son aquellos serros que asoman allí como dos mojones que la naturalesa pusiera pa separá las lindes entre «Los Mechinales» y «Los Dolores»—vimos que por el recao del camino asomaban dos yuntas de

güeyes tirando de una jaula, que roando mu espasiosamente jasia los escansaeros de «Los Dolores» se encaminaban. Le salimos al encuentro y uno de los que las guiaban, que era conosío de mi mayorá, se deja de desí: «Mochilo», alárgate a «Los Mechinales» y avisa a tu amo; dile también de paso que mande algo de bebía pa conviá a la gente que l'ha traío el oro y el «Moro»; porque has de saber, «Mochilo», que el «Morito» que viene enserrao en ese estuche es oro «de ley.»

Yo, asina que se largó «Mochilo», comío por la curiosiá, gateé jaula arriba, y por una mirilla que en lo alto tenía la jaula lo vi y lo salué.

—¿Y te degolvió el salúo, «Pelú»?

—Naturalmente; con un buffo que me tiró de la jaula y me jiso roá escansaero abajo.

A la ná llegaron el amo y unos caballeros que habían venío de Utrera mandaos por su suegro con el orjeto de examinalo, y le abrieron la puerta, colocando antes la jaula en medio de los corrales.

¿Quiés creé, chiquilla, que jasta el bajío se mos cortó a tós los que al soslayo de unos burlaeros estábamos, cuando en mitá del corral apareció aquel güen moso? El, asina que se vió libre de aquella cársel que lo había tenío entablillao unas cuantas horas, dió dos o tres brincos, se campaneó y estirando y encogiendo la piel desde la cabeza al rabo se sacudió por unas cuantas vese seguías el polvo c'había pillao por el camino

— ¡Qué curioso, qué grasioso y qué aseao debe ser el tal animalito!—interrumpió burlescamente Fuensanta.

— Ni entiendo yo esa risa, ni veo por ninguna parte que el estirarse sea cosa de curiosos; porque esa misma faena de sacuise el tamo, es la que hacemos diariamente tós los gañanes, cuando después de está toítica la santa noche arrebujaos entre las tornas, salimos de la oscuriá del pajar a las clara luz del día. Yo de mí te se desí que pego unos respingos y doy unos esperesos, que allego con las manos al tejao.

Como te iba disiendo; asina que se sacuíó dió unos cuantos bramíos que retumbaron en la sierra; puso aluego los josicos en la arena y escarbando jasta jasé un surco en el suelo, llegó reculando reculando jasta las mismas pesebreras. De allí partió como una sentella pa la puerta del corral y barbeando la paerilla le dió la güelta al escansaero. Y cuando se hubo convensío de que por allí no andaba el carselero que lo trujo, paso a paso se jué a echá a la sombra de un olivo gordal que benefisiao por el abono de los inquilinos, era el más frondoso de los que por allí había.

«¡Arrea ahora pa cá las vacas!», le gritó «Mochillo» a «Sabanetas», que en aquel ínterin asomaba la gaita por la baldilla de una cochiguera.

Darle la orden y salí la «Pimienta», que era una novilla de su mesmo pelo, jué tó uno; pero la probe

no bien se hubo emparejao con la jaula, cuando ésta y aquélla dieron en tierra; tal jué la acometía y el derrote que le tiró el «Moro».

— ¡Qué atrosiá! Ya lo dise «Carabinas», que ese toro es un marrajo y que hay que andá alerta, porque el que jiso un sesto jase sientto.

— Si le dan mimbres y lo otro, digo yo.

Como también te digo, que si a cá conseto mío que no te agrae vas a ojetá y mos agarramos de pico, ni pa la orasió s'ha mediao la historia.

La «Cristalina», una vaca vieja que venfa detrás—siguió diciendo el «Pelu» ya un tanto amoscado—escurrió el bulto, juyéndose pa las pesebreras, y cuando tós esperábamos que con ella se cargara el «Moro» la misma faena, tira a berreá como un beserro del destete y a llamala—eso mos figuramos tos—porque asina lo comprendió también la «Cristalina» que se vino pa él alargándole el pescueso, que el «Moro» lamió jasta dejale los lomos más limpios que los jaspes de la *catreal*.

— ¡Raresas y casualidaes que se dan en la vía, Periquillo!, como dise «Carabinas»

— ¡Casualidaes no, Fuensanta! Simpatías que hay en la vía, aunque no lo diga «Carabinas».

— Ahora, Periquillo, es cuando voy viendo palpablemente lo que m'aseguró la «Sigüeña»: «ese «Moro»—me dijo—vos matará el *edilio*».

— Pué que a tí si tiés algo de eso te lo mate;

pero lo que es a mí, se va a vé negra la «Sigüenña», porque de *edilios* estoy limpio.

Y si lo que pa tu gobierno y *güen* manejo te estoy refiriendo, no es de tu agrao, jabla, que media palabra tuya le corta el jilo al relato.

— No te enfaes, Periquillo, y síguelo, que lo de antes jue un desí, y ya, aunque no sea más que por matá la curiosiá, quiero vé en qué toná l'has colgao al guitarro la séjuela.

— ¿En cuál había de sé, mi alma? En la melosa; porque al vé acá lo cariñoso que se puso, perdimos el mieo y asomamos la cabeza por los burlaeros. Entonces el amo, que de paso sea dicho me tié ley, encarándose conmigo va y me dise: «Periquillo, si eres capás ahora mesmo de jasele la filiasión, te convío pa que vayas con los cabestros el día que salga pa Utrera.» ¡Le cojo asté la palabra!, salté yo ensegufa, y tirándole la visual me *güervo* y le digo: ese toro es berrendo en colorao, capirote, botinero, levantao de cuernos y algo delantero. «Chócala, chaval, que lo has calcao», me dijo uno de los veterinarios c'habían venío de Utrera. «Y ten entendío, Rafael—asegundó dirigiéndose al amo—, que ese morlaco no es ochavo de a real, sino un toro de banderas.»

— ¿Oye tú, «Pelú»—preguntóle Fuensanta—, no te paese a ti que ese tío *banderas* debió ser el que le jiso al amo el dichoso regalo?

— Está visto, chiquilla, que lo que Dios no da Salamanca no presta.

— ¿Tú dirás por qué, Periquillo?

— Porque por ahí vas más extraviá que «Mahoma». Y si no al canto. Yo, que como tú bien sabes, no me dejo pisá la linde y que por lo mesmo que andaba al asecho, me estuve empapando de tó; oí que a la na el reconoseó que lo trujo le desía al amo: «Se llevasté, amigo D. Rafaé, un toro bravo de lo mejó de lo mejó que se cría en las *dejesas* del Jarama.»

— ¡Ya te pillé, camarón!, me dije yo entonses pa mi capote. Y ahí tienes el porqué lo mesmo a tí que al lusero del alba le pueo yo negá y asegurará sin dúas de ninguna clase que naide ni naide más que ese gachó de *Jarama*, jué el tío que al amo le jiso el regalo.

— ¡Eres un linse, Periquillo! Ya lo dise «Carabinas»; que tú pa eso de casá *gamusinos* eres que ni pintao.

— Pos dile tú de mi parte—y que no lo eche en saco roto—que también pa cruji a las culebras toavía no sabe él las güenas mañas que yo me doy.

— ¡Lagarto! ¡¡Lagarto!!—repitió inmediatamente Fuesanta.

Oír Antoñuelo—que medio dormido se había quedado encima del cenicero—nombrar al reptil y llamar a su hermana a grito pelado fué todo uno.

Viniendo a ser este pequeño incidente el oportuno mediador que pusiera paz y desviara hacia otros derroteros el ya tan enojoso diálogo.

—¡Chavó, Antoñuelo! Pero, ¿estabas tú ahí?— preguntó el «Pelú».

—Dispénsame, hombre, si al entrá no te he saluao; pero jate cuenta que al pronto, cuando te ví, me s'antójó que eras el bicho que trujo el tío del oso, cuando vino por Los Mechinales este verano pasao.

—¡Valiente graná t'has apandao, Antoñuelo! ¡Y que no iba a sé poco barbiana la bota que jasía yo con ella, si la graná juera mía!

—Tomelasté y jágala; pero mu estrujá, mu estrujá, y con un *bujero* mu jondo en la corona pa que el chijataso que suelte cuando la apriete, m'allegue a la campanilla.

—Levántate de ahí so arrastrao—gritóle Fuen-santa—; tira ya mesmo esa graná, y con un estropajo y agua caliente del caldero escamóndate esa cara, que a na que t'asomes a la puerta se van a juntá en ella toas las moscas de Los Mechinales.

—Deja, mujé, que el probesillo arremate la graná—se atrevió a objetar el «Pelú»—. ¿No ves que si no la acaba vá a tené ca sinco minutos que dase un fregao?

Mientras el «Pelú» pronunciaba las anteriores palabras un reguero de zumo vino a caerle en la cara, impidiéndole por unos segundos, no sólo el

abrir los ojos, sino también el seguir la charla. Entretanto, el pícaro de Antoñuelo, perniabierto en la puerta del chozo, se desternillaba de risa.

—Oye tú, bolsa de aseo—díjole enojado Periquillo—, ¿no t'has apersibío, so Juas, que hoy traigo puesto el terno de jorgá?

—Deja, hombre, que el probesito arremate la graná—replicóle socarronamente Fuensanta—, ¿no ves que si no se la acaba de comé, ca instante ¡o vamos a tené que lavá?

—Malamente cae, y peó que a caé se aviene al recato de la rosa, recrease en el chavacano vaivén de las mofas; y más, cuando al que como yo la busca para compañera, esas burlas se refieren. Yo, por ser tuyas, Fuensanta, como de gañán a gañán las tomo; pero tengo que confesate que como una beata las siento.

—Por broma las dije, Periquillo, y ahora me pesa; así que esarruga el entresejo y ven pa acá, que mientras tú das fin a la historia, yo lavaré los salpicones y te plancharé ese cuello, que casi casi, de subío que va, te rosa las orejas.

—Había doblao ya la hoja y jecho promesa de no jablate más del asunto; pero esa finesa tuya la desdobra, a la par que de un plumaso desbarata los malos prejuicios que a esta cabeza mía s'habían agolpao. ¡Milagros del *güen* hablá!, que como la sana simiente florese ensegufa que el tibio soplo de la primavera—que aquí han sío tus palabras—

orea el blando y gustoso surco del agradecimiento.

Queábamos de la fábula en que... de allí a poco, y tras resia discusión por la que a poco llegan a las manos D. Rafael y los veterinarios, acordaron por fin la fecha fija en que el «Moro» había de salir pa Utrera, que jué lo mesmo que pedí cotufas en el golfo, porque la Hermandad propuso, y el P. Miguel dispuso, como ahora mesmo verás:

Uno de los días en que con la «Cristalina», los beserros del destete y yo dábamos fin a una mancha de forraje temprano que había a la vera del «Rancho del Serrano», el «Moro» se desvió un trecho, engolosinao con unas taramas de ramón que unos piconeros dejaron amontonás al pie de los almesos que tú sabes hay a la entrá del «Corral de Maneras». Careo los beserros pa allá, y va el «Moro» y se me echa. Esta es la mía—me dije aprovechando aquella coyuntura—, y me dejé ir pa el rancho de «Maneras», a recogé el pellejo de un gato que me estaba curtiendo pa una bolsa de avíos.

No le había acabao de soltá el «alabao sea Dios» cuando mos agarramos de pico, porque no había bicho viviente que le jisiera tragá que la jasaan del «Moro» la noche que—según tu padre—s'aparesió en la majá jué un chisme, como se lo podíamos probá los dos u tres de Los Mechina-

les que, como testigos de vista y de cargo, en la tal trapatiesta nos jallamos.

Gracias a los senserrillos de los cochinos que se mos veían ensima y a las voses que desde el corral mos daba el sagal «Cobatillas», acabó en pas la custión; porque has de saber, que yo ya m'había liao a la muñeca el gato con el aquel de restregalo por los josicos del mal jablao y testarúo «Maneras», ese desgrasio que tiene una jarta de sinvergónsonería en los labios y no menos holgasa-nería en el cuerpo.

Picamos pa el corral, y al trasponé la loma que da al portillo donde yo había dejao rumiando al «Moro», ¡Pásmate, Fuensanta!, lo vimos en cuclillas a la misma entrá del corrá, y a su alreeó, despansurraos y esparsíos, seis u siete marranos de lo más lusío de la montanera. —«¿Qué mos dises ahora pa probamos esa nobleza y esa hombría de bien del «Moro» que tú tanto pregonas?—me preguntó «Maneras»—. ¡Niega, hombre, si es que entoavía te atreves a negá la mala ralea de ese bicho y la del que en mala hora se le ocurrió amargamos la vía metiendo un toro bravo en la pasífica jasienda de Los Mechinales! ¡Coplero jablaó! ¿Por qué no jablas y cantas ahora?».

Y como el ejemplo a la vista—aunque juera de cochinos, como en realiá en aquella ocasión lo era—es el mejor predicaor, me agachó las orejas y me sujetó la lengua. Reuno en un minuto la

«Cristalina» con los beserros que s'habían desparrao, los careo pa el portillo, y... ¡¡sas!!, al primero que le pasó por delante le arreó un viaje, que si no le falla por está echao, de seguro que también palma. «Cobatillas» y «Maneras», por lo que pudiá troná, tomaron billete de andaná en uno de los algarrobos de la laera; así es que, cuando se vieron elevaos y juera de riesgos y contingencias, se les desató la lengua y arresiaron más y más con improperios y cuchufletas pa el probe que s'había queao en la estacá. Yo, entonces, asusao por las burlas de aquellos socarrones, cruji la jonda, esturreé de allí a los beserros y, bamboleando la porra, me dejé ir derecho pa el «Moro».

—«Carabinas» ma contaó a mí que no.

—¡Pos este cortijero honrao te asegura que así pasó! Luego [tú verás con cuál de los dos te queas.

Más humano el «Moro» que los que desde la trinchera aérea esperaban reír en el caso de que me volteara, al verme ir jasia él con la porra en alto y en son de guerra, dobló las patas y se tendió. Le entro por la culata jaleándolo y acarisiándolo, y sin jase la menor señal de encono me dejó que jasta él llegara.

¡Si te dejas rascá, me dije, eres mío! Y asina jué. Entonses, jaleándole mu queo y rascándole mu suave lomo alante, llegué al morrillo. Al tocale allí y rastrillale con mis deos el risoso mechón del

testús, el bruto bravo, el bruto noble y el agrade-sío bruto, golvió la cabeza y me lamió la mano.

Con ansia y con cudiao lo resjistré entonses pa ver si daba con la clave que a aquel animal tan ágil había imposibilitao; y al crusame por delante de sus afilás defensas, dí con lo que menos esperaba. Una de las manos—la derecha por sierto—, estirá a lo largo y jinchá como un sapo, descansaba sobre la izquierda. Se la levanté pa sersiorame si había rotura, y en los mismos blandos de la pesuña veo enroscao un alacrán como la palma de mi mano.

Tronché una vareta de asebuche y, con delicacsa. pa no lastimale, se lo eché juera, espaturrándole la cabeza con el pincho de la tarama. Le corté el rabo, que es a la par venenoso y con el que pican esos animales; lo abrí por la mitá y se lo planté de cataplasma mesmamente donde le había picao, liándole al paso la pesuña con un peaso de mi faja. Concluío aquello, me golví pa llamá a los medroses burlones del algarrobo, y habían volao.

El rancho más sercano de allí era el de «Maneras», y a él me dirigí a recojé unos cubos con qué llevale agua y un poco de bálsamo del que con vino y romero fabricaba la porquera, que, según el runrún de la sierra, sabía de esos menesteres, si cabe, más que el albéitar.

Sobao y resobao con el unto y vendá que le tuve la mano con el peaso que me queaba de faja, el

animal respiró más tranquilo, bebiendo jasta tupirse del agua que l'había acarreao. Partí de naja pa Los Mehinales y no tuve nesesiá de llegá: en la mitá del camino me di de boca con el capatás, «Mochilo», y los dos satélites del algarrobo, que me s'habían adelantao pa dá el soplo de lo susedío. Como ninguno de los cuatro era tío de arres-tos pa arrimase al portillo, desde lejos curiosearon cómo yo jasía a su vera una güena candelá, me arrebuja en la manta y roncábamos a la ná como dos lirones enfermo y enfermero.

El amó, el cariño y el cudiao que yo presté al enfermo dferon más tarde sus resultaos. Que en las insondables alforjas humanas, al ponsoñoso kujón de la soberbia y malos instintos le jase contrapeso el otro, el risueño y aromao por el amó y el agradecimiento, te lo probará el que, cuando a los pocos días, ya curao del tó, salimos otra vez juntos a pastá la tierna y jugosa grama de los barbechos, él sobre sus lomos me llevaba, causando el asombro de algunos y sembrando el rencó en otros que, cumo tu padre, la «Sigüeña» y «Carabinas», propalaron que tó aquello era debío a que yo, por habé llorao en el vientre de mi madre unas cuantas horas antes de nasé, tenía la virtù del hechiso.

—Por estas sierras así se murmura...

—¡Leyenda negra, y ná más que leyenda negra!

—Pa negro y oscuro, como tú jablas, Periquillo, que no hay Dios que te entienda.

—Quiérote desí, Fuensantica, que asina como el *jopo* se nutre del tallo de la jaba más florío y más losano, así también la maledisensia, que es la leyenda que antes te menté, suele, como el *jopo*; sebase en aquellos seres que, por lo general, reannen mas virtú y méritos.

—¡Josúuu, Pelú! Que si blanca era la cabra, como la nieve te salió el chivo... Escucha, Periquillo: ¿tardaron luego mucho en llevarse al «Moro»?

—No. Una noche llegó la pará de cabestros, y al día siguiente salimos para Utrera, donde yo estuve con él jasta que en la primavera pasá, y a los tres años justos de padreá, jasiendo el quinto lugá en una de las corráas de feria de Nuestra Señora de la Salú, dió el emocionante espectáculo que ahora mesmo te contaré...

El ronco tañer del caracol de los aceituneros tocando a llamada y descanso de los diferentes destajos esparcidos por el monte puso fin al diálogo de los amntes, que, abstraídos en su interesante charla, no se habían dado cuenta de que allá, en el fondo de la lejanía, hacia donde el marco de la tierra se funde con el espacio, el incansable luminar del día con su paleta de fuego daba las últimas pinseladas sobre las crestas de «Los Mellizos».

II

El tono zumbón que en el largo platicar de aquella tarde había usado Fuensanta, tan en pugna con su carácter dulzón, por fuerza tenía que dejar, y desde luego dejó, dejos de amargura y zozobras en el inesperto gañán, que no podía ni sabía explicarse el por qué de aquella sorna al preguntar, aquellas ironías al replicar y aquel repentino y brusco cambio en moza tan razonable y de una inocencia casi casi rayana en la candidez; tanto, que multi.ud de veces, hablando de ella con los cortijeros, habíales dicho el «Pelu» «que lo que más le tiraba de su novia era la simpleza».

De trasluzón veía él pasar a la «Cigüeña» y a «Carabinas» a través de sus sospechas; y así fué caminando e internándose cada vez más, mar a dentro, hasta que el oleaje de las dudas lo volcó en la charca de los celos. Y entonces fué cuando el campesino crispó los puños y cantó con rujido de fiera:

Un lobo, prisionero.
tengo en mi hato,
que a fuersa de carisias
se ha vuelto manso,

Y tú, cordera,
cuanto más te acariso
eres más fiera.

Al desequilibrio de la cabeza siguió el de los inseguros pies, que bien presto perdieron la una la calma y los otros la vereda. Tropezando aquí y resbalando allá siguió la marcha a campo traviesa, hasta que, por último, dió en una presa del arroyo, que el porquero «Maneras» había fabricado para revolcadero de su gruñona piara.

Sacudiéndose el agua y quitándose el barro estaba cuando, por la parte del arroyo que daba a la pasarela del camino, llegó a sus oídos la siguiente copla:

Sagalillo que al monte
vas muy apuesto,
mira que tu sagala
ruje de selos.
Y las mujeres,
cuando de selos rabian,
lobas se vuelven.

Apartóse hacia unos matojos de la orilla y a poco apercibió clara la charla de los que por allí venían.

—Lo que sí te digo es que, si no cojo de estampía el olivo, tenemos otra tan soná como la de la noche que me atencogió de sorpresa en los alreos del choso del «Pilongo».

—Pero osté, no...

—Quita, home. Si me lo *güelo*, ¿crees tú que yo tan confiao careo la vacá por el plantoná?

—Pues ni con pregón se corre más la voz; y eso que de madrugá, y entoavía amanesío no era, cuando el «Pelú» lo escamoteó de etre los cabestros.

—¿Y dices tú que eze gachó?...

—Sin que le quepa a osté la menó día. ¡Por éstas! Lo he sabío de muy *güena* tinta.

—Pos jate cuenta que ese bocón, ni en mi choso ni en mis lindes pone más los pies. ¡Por éstas te lo juro yo también!...

Las palabras se fueron apagando y perdiendo en el silencio de la noche, y el «Pelú» no pudo enterarse de más; aunque, por aquellas expresiones que al azar había escuchado, coligió él de quién se hablaba y quiénes eran los que murmuraban.

«Carabinas», enamorado hacía tiempo de Fuen-santa, veía con malos ojos que el preferido por ella fuese el «Pelú», aquel mocito que tras la ausencia de cinco años, en unos cuantos meses—que eran los que ahora por allí llevaba—se hubiera hecho el dueño del más bonito capullo que dieran de sí los ranchos de Los Mechinales.

Como de sobra sabía él que solo y en juego legal con el «Pelú» era hombre perdido, tiró la baraja y dispúsbse a buscar alguien que, dando la cara, le permitiera a él, tras del telón, mover los muñecos y dar jaque a los reyes del tablero. Para lo que él se proponía, nadie más apropósito ni mejor co-

necedor del paño que se hilaba que la «Cigüeña», y a ella se dirigió.

Era la tal «Cigüeña» una gitana vieja, seca, alta, amarilla como un carrizo y esbelta como un junco, cualidades personales que le granjearon el sobrenombre o apodo que con tan sobrada razón llevaba. Conocedora como nadie de la estultez de aquellas cortijeras, a quienes constantemente embaucaba con la buenaventura y otras zarandajas por el estilo, podía impunemente con su labia, no digo yo trastornar, sino hasta hacerles ver a aquel rebaño de crédulos las cosas o las personas del color que a ella se le antojara o conviniera. Sin embargo, una buena cualidad—que a la familia gitana tiene en entredicho—enaltecía a la «Cigüeña», y era no tomar, ¿qué digo yo no tomar?, ni siquiera desear lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Solos los chozos y abiertas las arcas podían quedar, en la seguridad de que si ella llegaba faltase algo, habiéndole valido esta fidelidad el añadir un apéndice o florón a su apodo, que, si bien por el color de su rostro parecía una ironía, no había tal. En la intimidad de la sierra llamábasela «la Cigüeña azul».

Y esta «Cigüeña azul» y «Carabinas»—para tal horma tal zapato—fueron los furtivos cazadores que urdieron y tendieron la red en la cual cayó la incauta Fuensanta, y por la cual salió desbancado el honradísimo «Pelú».

III

Al encerrar la piara por la noche que siguió a este día se encontró el «Pelu» esperándole en la cabaña a Juan Manuel, que era portador y portavoz de esta desagradable nueva: «Dise mi padre y mi hermana que, en vista de lo susedío, no *josara* osté más poné los pies en el choso; y si quíe osté josá, que jose.

—Resabios son esos del josá—respondióle el «Pelu»—que no cuadran al que, como yo, ganao cabrió guarda y al ganao cabrió pertenese; hubiérase encarao y dirigió tu papá con esa jocosa satirilla al porquero «Maneras», y pué que entonses no hubiá sío tan *josioso* el vocablo.

—Taramea osté, compare «Pelu». tanto a l'hablá, que si lo he entendío, que me aspen.

—Es naturá; las águilas no casan moscas, Juan Manué

—Si también se va osté a chufleá conmigo, ahora mesmo me las najo.

—El hijo y el sagal en una piesa del vaquero de «Los Mechinales» no se menea de aquí esta noche; conviao queas pa liquidá en mi compañía una

sartená de liebre, que na más que por golela se podían pedí moneas. Además que, ya que haz venío, quiero que me jagas tersio pa echá aluego un ratejo a estorninos. Anoche, al pasá por el arroyo de «Los Mimbres», había un jerviero de ellos en el cañaverá; y como tu padre tié por allí los careos, yo me he dicho: «pa Juan Manué, a pesá de que la noche ha serrao en oscuriá, las vereas de aquellos vericuetos serán cosa de cosé y cantá.

—Flechao sa dío osté al bulto. Con los ojos vendaos me comprometo a guialo; pero con una condisión.

—¿Cuál?

—Que antes ha de enseñame la pesebrera donde está amarrao el «Moro» y relatame por el camino la fechoría que jiso en la sélebre corría de feria de la Salú.

—Ni una palabra más, Juan Manué; pero güeno será entretanto me clareo contigo, metele mano a la sartén, que yo he oío desí que las liebres y la pesca, si se trasnochan dan gresca.

IV

—¡Camará con la Sigüeña! ¿Entonses aquello del vaquero jerío que la güena gitana le jiso tragá a mi hermanita, dise osté que...?

—Jablaurías, Juan Manué; por aquello de que, al que su perro quiera matá, rabia le ha de levantá.

—Pos siendo asina, cuente osté conmigo pa que no rabie.

—Como te iba disiendo, Juan Manué, las mismas jaulas que los trujeron del serrao los colaron en la plasa. Ya ves, yo mesmo levanté la compuerta de la del «Moro». Aquella noche, unos echaos y otros corneando a los cabestros, estuvieron jasta que bien entrá la mañana pasaron a los corrales. El único que ai quearse cortao arremetió pa un vaquero, que de *priesa* y corriendo tuvo que tomá el espárrago, jué el «Pajarito»; Pero, en totá, ná: el susto y un rasgunñonsillo en la cara. A las dos de la tarde queaba ca cual en su chiquero. Yo, desde aquella hora jasta que comensó la corría me avisté con el «Moro» una jartá de veses; era mucho el apresio que mos teníamos pa que yo, en

transe tan apurao, de golpe y porraso le *golviera* las espaldas.

—Una pregunta, «Pelú»: ¿Cómo siendo osté tan querío del ganaero no le pidió su indulto?

—Más de una vez le supliqué y jasta le lloré. ¡En valde tó, Juan Manué! La pícara curiosiá de sabé y ve en el terreno de la verdá la bravura del *patriarca* de su ganadería jueron las causas que decretaron su muerte. Como se había cundío la voz de que el sementá de la ganadería de más fama y más nombre entre toas estas vacás de por acá se lidiaba aquélla tarde, era la plasa un jolmi-guero; jasta guantás hubo aquella mañana por dejá los cuartos en la taquilla. Y asina como toas las horas llegan, también llegó la de que diera comienso la corría. Unos toros empujando con podé y otros tardeando al embestí, pasaba la fiesta «sin la salsa de la emosión», como desía un taurómaco con olores y ribetes de gasela...; trasnochá que tuve la pícara suerte que me cayera a la vera. ¡Oye, Juan Manué! Me paese que con golvé tú tanto la cabeza pa escuchame has perdió la retentiva y caminamos extraviaos.

—No lo creasté; estamos ahora mesmo en la meseta de los «Quemás», y trochando por aquella vercilla, dentro de ná mos damos de boca con el cañaverá.

—A tu entendé lo deajo; que ya lo dise el refrán: «Cuando el perro se traga el hueso, confiansa

tiene en su pescueso». Pa concluí Juan Manué: que tocó el clarín pa da salía al «Moro»—que jué como tocame a mí en los blandos del queré—y asomó por la puerta de los chiqueros mi hombre. Ruíos de asombro crusaron la plasa al vé el bonito trapío y el brioso empaque del gallardo sementá, que, paso a paso, sin alterase, sin extremesese y como asombrao de jallase prisionero y acordonao por los reyes de la creasión, llegó jasta el sentro del reondé.

«¡Joléeee por las salías juncales!»—vosiferaron unos cuantos de la delantera.

«¡Y que lo digan ostés! Esas salías suaves sólo las jasan los vichos bravos!»—arguyóles otro del tendío.

«¡Paren ostés la jaca, amigos—replicóles un ter-sero encarándose con ellos—; que eso de las salías suaves y pastueñas es según como se tomen! Porque no se si ostés se acordarán que los man-sos y antiquísimos *güeyes* de Belén, al paso entraban y al paso salían del Portal».

«¡Juera ese ma l'ange!»

«¡Que le cuelguen a ese tío un senserro!»

—¡Que se callen los borrachos!—ojeté yo—, al mesmo tiempo que boleaba la chivata pa sacuíle los lomos al irreverente entrometío de Belén.

Mientras esto susedía en los tendíos, los peones, desde los burlaeros levantaban los capotes, a ve si jasiéndole visajes el animalito se acababa

de arrancá. Y a to esto, él como si la cosa no jue-
ra con él.

Los gritos y la chungu, ca ves mayó, iba ahora
contra el amo que, entablerao en uno de los pal-
cos y enfilándolo con los anteojos, no perdía de-
talle de la guasita guasona que el «Moro» se trafa
en el mismo medio del anillo.

En mal hora—y dígoté esto a cuenta y rasón—
divisé a «Mochilo» en una andaná; le jago señas
con un chiflío en el pajolero, ínterin que un ban-
derillero metía el capote en los mismos josicos del
«Moro»; éste, que conosió el silvato, no jiso caso
del percá, sino que partió como un rayo pa la ba-
rrera y en direcsión al tendío donde me jallaba yo.
Y cata aquí el intante en que la protesta enconá y
ruiosa brotó en los tendíos.

No te quiero describí y paso de largo la gritería
y el jollín que se armó cuando el publiquito se dió
cuenta del repullo del «Moro» al capote del lidiao;
ni repétite laz palabrillas flacas, ni las palabrotas
gruesas que allí les dijeron al presidente, al amo
y a la parentela de los dos. Jasta un meíco mu
conosío en Almodóvar—y que por sé hombre de
letras le tenía yo por un tío cabá—daba tales jar-
píos sujetándose con las manos las quijás, que en-
carándome con él le tuve que desí: ¡Pero, D. Ma-
riano, por Dios, que si sigue osté asina lo van a
tené que sangrá!

El «Moro», que era hombre que nunca buscó

pelea, al llegó a las tablas alargó el cuello por encima de la barrera, y como no viera al que buscaba, barbeando la valla y asustando a los *guindillas* le dió la *güelta* al tendío. Y créeme, Juan Manué, entonses la pita y la bronca debieron oíla aquí en «Los Mechinales».

El descarao «Maneras» me guipó por fin desde la meseta de los toriles, donde estaba, y con toa la sorna y delicaesa que le acreditan el mote, va y me dise: «T'has lusío, Periquillo; tras poca cosecha, ruín trigo.»

Al encontrarse el «Moro» con los piqueros de tanda, que estaban reculaos en la barrera, el animalito, pa no topase con ellos, jiso una juía pa los medios, no sin que antes uno de los del castoreño le rajara la piel con el sólo esfuerzo de alargá un poco el palo. Aquello lo perdió Juan Manué. El poderoso y putante animá, al sentise jerfo a traisión, se lansó como una mole sobre caballo y caballero, y ambos, con estrepitoso estruendo, se estrellaron contra la barrera. Uno de los mataores, con el engaño de un capote, lo sacó de allí; pero cortándole el terreno, llegó al burlaero cuando aquél ya lo había traspuesto; el del Jarama inclinó la cabeza, tirió un derrote y volaron pa el callejón el burlaero jecho astillas y despansurrao el mataó. Se dejó ir ensegúa pa el otro piquero, y aunque le agarró en los altos, no tuvo braso pa resistí el embite y y jué despedío como un pelele al medio de la plaza.

«¡Caballos! ¡Caballoos!»—pedían por tos cuajro costaos, como si el sacá a la plaza más jamelgos juera el camino de salvasión pa aquel público desesperao.

«¡Arrea ese jaco, ladrón! ¡Con un toro de podé se demuestra eso, y no picando con coba en los bolsillos de los camareros de la Perlá!»

«¡Asina te saquen en parigüelas, so morral!»

«¡Enderesa esa sintura, so mantés; que en el Club bien que la simbreas!»

Y unos tras otros iba el «Moro» despenando pencos y dejando en cuadro a la grey toreril.

Allí, chavó, insultaba y voseaba to bicho viviente, jasta el... averiao sietemesino que tenía yo a mi vera se dejó desí al paso de un picaó que entre cuatro lo arrastraban pa la enfermería: «¡Oiga, moreno—advirtiéndote que el tal piquero era de un rubio subío que tiraba a jaro—, es osté con la puya más inofensivo... que un pisapapel.»

Cuando toas las almohadillas de los tendíos alfombraban el rueo y to el barro de la plasa había salpicao el rostro de la autoriá que presidía el festejo *Nasioná*, asomó por la puerta de caballos el último rosín y quizás también el último picaó. El «Moro», que se jallaba en condiciones de desafiá a un escuadrón, ensegüía se le puso en suerte. En replicale a un caribe que le arrojó una almohadilla perdió el de aupa unos segundos, los bastantes pa que la puya no clavase en el bicho, deteniendo

la acometía. Al choque y empuje de la bestia, el varilarguero jué despedido por ensima de la cabeza del caballo, cayendo sobre el costillá del toro y roando junto a las patas de éste. El «Moro» romaneó unos minutos al caballo, que cayó por fin desplomao sobre la barrera, salpicando la arena con un chorro de humeante sangre.

Un rugío de mío, ya que no de vergüensa, se escapó del sirco. La corná al picaó era segura. Caío entre el caballo y el toro, na más que un pequeño movimiento, un pequeño movimiento na más, y él tenía por fuerza que sé el pagano.

—¡¡Que se lleven de ahí ese torooo!!

—¿No hay quien le tire un capote?

—¡Que se lo tire el presidente!

—¡Que se lo tireeeee...!

—¡Tú, maleta, sal de ese burlaero, no ves que le va a empitoná!

Te digo, Juan Manué, que cómo sería la tremolina y el revuelo, que yo, nasío en la sierra, críao entre cabras y recriao con toros, casi casi me avergonsaba de encontrame aquella tarde entre la piara humana.

No sé cómo ni por lo que jué: lo que sí te pueo asegurá es que de un brinco me jallé en el callejón y de otro me planté en el rueo. Me cielo los deos en la boca, y lansé con toa mi alma un pitío que coinsidió con la acometía de la fiera. El animá, sorprendío por la llamá, se queó inmóvi, y la pla-

sa entonses me paresió un sepulcro; ni la respiración de los ocho mil espectaores se sentía. La gente, de pie y con los ojos desencajaos, no los quitaban de mí y del «Moro». Este, asina que me divisó, arrancó jasia mí a galope tendío. Yo traté de juí, pero no puo sé, porque los pies me se habían clavao en la arena. Y a unas dos varas antes de llegá, ze paró en seco, y entonses jué cuando le alargué la mano, que él lamió, entre el delirio y la ovación más ruíosa que en su vía había otorgao el público cordobés.

La muchedumbre, aquella mesma muchedumbre que antes con tanto tesón pidiera la muerte de los indefensos caballos, clamó ahora por la suspensión de la lidia del «Moro». El presidente accedió, y cogío por mí de un cuerno, salimos por la puerta de arrastre...

—¡Oye, Juan Manué!, ¿no t'has apersibío de cómo se corría una sombra por entre aquellas chapparreras?

—¡Ya lo creo que la vi! Como tampoco se me escapó cuando, unos momentos antes, salía de aquellos alamillos.

—Toma el senserro y la linterna, métete en el cañaverá y comiensa la faena, que yo pué que a esa *sombra* le jaga también *sombra*...

V

— ¡Como des un paso más te tiro patas arriba!

— ¡Apúntame bien, «Carabinas», porque si te marea, eres hombre perdido!

El chasquido del mistazo de una escopeta simultaneado con el que produce un cuerpo al caer, sonaron en el silencio del monte.

— ¡Perdóname! ¡No me mates, «Pelú», que no sabía que se trataba de ti!

— Aplastate debía como a una sabandija, pero no temas; levántate, y choca esa mano, con la condición que en el serro donde se asienta el choso del vaquero no has de dar un paso.

— Prometío y jurao.

— Siendo asina, ve con Dios. Mañana, en «Los Mechinales», pues recogé la escopeta.

VI

Retrocedió Periquillo, y avanzando después a través de unos espinos majoletos, pronto se vió en el valle y en las proximidades del cañaveral.

El tolón tolón del cencerro y algún que otro relampagueo de la linterna, le dieron la dirección del sitio donde se encontraba Juan Manuel, que atareado con la caza y matanza de estorninos, se había alejado al extremo opuesto del cañaveral.

—¿Cómo s'ha dao la casa? — preguntóle el «Pelú» cuando se hubo aproximado a Juan Manuel.

—Calle osté, «Pelú», que esto ha sío una bendición. Si al ruío de osté tronchando cañas no se espanta el ganao, pa trasportalos hubiá sío menesté un serón; pero con to y con eso no perdimos el viaje.

—Más perdió la raposa—replicóle el «Pelú», mostrándole la escopeta.

—¡Una escopeta! ¿Y se la jalló osté en el monte?

—Arrecoge los trastos, que camino de Los Mechinales te contaré...

VII

Algunos días después, y al resguardo y sosiego de unos zarzales, decíale «Carabinas» a la «Cigüeña» en tono de reconvención y como continuando una conversación interrumpida:

—Tú me asegurastes que me arreglarías lo de Fuensanta.

—Y te cumpliré la palabra—replicó la gitana.

—Está bien, «Sigüeña»; pero como s'han puesto las cosas, eso no basta; hay que alejá de una vez al «Pelú».

—¿Jasele daño? ¡No! «Carabinas», ¿cómo voy yo a olviá que cuando a las puertas de la muerte tos juían de mi rancho, él partió conmigo su escasa comía? Echa por otro lao, que no es de gallina güena el comé en tu casa y poné en la ajena; además, que eso que me pías no lo jago yo. ¡Por mis churumbeles, val—e hizo con las manos cruzadas la señal de la cruz.

— Te veo venir Sigüeña. Esas pesetas que buscas, yo te las daré.

— Es el caso, «Carabinas», que ahora no se trata de un interés de parné; ese lo peimos acá cuan-

do se mos necesita pa engañá a los payos, ya que esa es nuestra condisión. ¿Pero envenená a Periquillo? Bastante al prove lo hemos envenenao ya.

— ¡Malos bichos te muerdan, bribona! ¿Qué diablos de locuras son las que jablas, condená? Ese brevaje que vas a rosiá en sus avios e naita más que pa atontalo; ajorrándome con eso, el tené que matá, que por tu salú que así será, si otra vez lo pesco rondando el choso.

— ¡Mátalo si te estorba y puedes! Pero deja a la prove jitana que ruee por el mundo embaucando con sus embelecocos a los que bobos ya están.

— Dejá esta sigüeña, y en libertá de jaselo o no; pero te entendío que pa tí s'acabó el vendé canastos; porque a la primera vareta que esgajes o al primer mimbre que toques te las entenderás con los siviles. Yo mesmo seré el que ponga la denuncia.

— ¡No llegarás a jaselo, Carabinas! Porque antes que eso susea quearás tu servío... y más que servío?

— Pos siendo así a las nueve en el chozo, sin sená te aguardo.

— Sin sená iré.

De allí partió la Sigüeña en dirección del caserío, cambiando de rumbo al llegar al barbecho, y a los pocos pasos que anduvo, desembocó en el camino real.

— ¡Holá, Pelú!

— ¡Adiós, Sigüeña!

— Qué, ¿se va de bureo?

— Vaya que sí.

— Pos a jablate venfa.

— Desembucha, mujé, y ¡oyo con lo que jablas!
Que pa engaño güeno está con lo güeno.

— Es que el lugá no es el más llamao. En tierras de olivares... callares.

— Pos dejalo pa mañana; ya ves, pa Córdoba voy; hay de cuando en cuando que darle una güuerta a la vieja; a la pobre la tendrá con cudiao mi tardansa.

— Entonses, se lo contaré... al «Moro».

— Suelto quea; de moo que te resibirá y atenderá como mereses. Ve Sigüeña como le jablas, porque ese no es como yo, que perdono las ofensas.

— Vé con Dios, Periquillo.

— Que El no te deje de su mano, Sigüeña.

Por el seco y enjuto rostro de la Sigüeña surcaron unas perlas que brotaron de sus hundidos y brillantes ojos, y que al resvalar por el surco de sus arrugas cayeron como bienhechor rocío en los resecos labios de la infeliz gitana.

Con mil fatigas, atraucando por los surcos del barbecho, llegó a su rancho.

Una vez allí planeó el asunto que concibiera al encontrarse al Pelú, y de nuevo tomó rumbo hacia el hato de «Carabinas»...

VII

— ¡Que Dios guarde a los tunos con suerte!

— ¡Que tampoco desampare a las mujeres de bien! Contenta «guelves», Sigüeña. ¿Vienes desidia, por un casual?

— Y tan desidia; como que s'ha presentao una coyuntura que me vas a gratificá cuando te la cuente.

— Espera a que descuelgue ese canasto y vuelque el caldero...

— ¿No senas, Sigüeña?

— No me lo pie el cuerpo.

— Unas sopas tan siquiera.

— Me jarían daño. Cuando me encuentro asina, me acuerdo de aquel desí que dise el «Pelú». Quien guarda la boca, escusa sangría.

— Tú como siempre; pendiente de agüeros.

— Qué se va a jase, niño; es de lo que se vive...

Camino del aprisco de el «Pelú», la Sigüeña refirió a «Carabinas» el encuentro con aquél y lo fácil que les sería penetrar en los corrales para preparar las vasijas de los avfos del cabrero; en la seguridad, como decía «Carabinas», de que a los

cuatro gaspachos que con ellos hiciera, «tonto perdío».

— ¿Tu ves aquella cueva de la izquierda? Pues allí tiene el camastro—le dijo la Cigüeña cuando llegaron a la empalizada que defendía la puerta de los corrales.

— ¿Y el «Moro»?

— No tengas mieo; está enserrao en aquella otra del rincón. Salta de «priesa» y ten cuidao de no despansurrá algún cabritillo de los que al calor de las madres, por esos suelos, andan tiraos...

Una sombra que no vió «Carabinas», asomó por el lado opuesto al que le había señalado la gitana. El «Moro», con sus ojos de lince, se fijó en aquel bulto extraño; se encampanó; dió un bufío y arreó derecho hacia «Carabinas», que muerto de espanto y colgado de los cuernos del fiero animal, no pudo balbucir más que estas dos palabras: ¡Sigüeña! «¡El Moro!»

Pasándolo primero de pitón a pitón; elevándolo luego al espacio como gimnasta que jugara con frágil baloncillo, y recogéndole después al caer entre sus afiladas puas, estuvo unos momentos, hasta que por fin, fué despedido y estrellado en la viva roca que servía de muro a el corral de las «Ermitas Viejas».

VIII

Los madrugadores de la sierra presenciaron y comentaron a la mañana siguiente el horrendo y triste espectáculo, sin que la agravante de hallarse el muerto en «cercado ajeno», fuera óbice para que, otra vez la leyenda negra, coreada por las hablillas y chismes de algunos imbéciles, resurgiera pujante, cayendo como torrente de lava sobre la natural nobleza y proverbial bravura de «El Moro de los Mechinales».

ADOLFO JIMENEZ

Madrid, 11-VIII-21.









MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número... 41 | Precio de la obra.....

Estante... 1 | Precio de adquisición

Tabla..... 2 | Valoración actual.....

Número de tomos..



